SERIE DE SEIS SERMONES

El versículo más grande de la Biblia

Seis sermones sobre Juan 3:16

«Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna.»

Juan 3:16, Reina-Valera 1960

Manuel López Lira

Índice

Sermón 1: El mayor amor 3
Sermón 2: La mayor creación con la mayor necesidad 10
Sermón 3: El acto más grande del hombre más grande 16
Sermón 4: La mayor invitación 21
Sermón 5: El mayor peligro 27
Sermón 6: La mayor recompensa 33

Las citas bíblicas están tomadas de la versión Reina-Valera 1960.

Recurso gratuito. Manuel López Lira.

SERMÓN 1 DE 6

El versículo más grande de la Biblia

El mayor amor

Sinopsis. *Juan 3:16 es uno de los versículos más conocidos de la Biblia y encapsula la esencia del mensaje cristiano: el amor de Dios manifestado en la salvación a través de Jesucristo. En este sermón reflexionaremos sobre cómo el Ser más grande manifestó la emoción más poderosa, ofreciendo la mayor dádiva para toda la humanidad.*

Introducción

> *«Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna.»*
>
> Juan 3:16, Reina-Valera 1960

Es probablemente el versículo más conocido de toda la Biblia. Muchos lo aprendimos de niños, lo hemos visto escrito en carteles y lo hemos recordado en los momentos más difíciles. Pero a veces lo que mejor conocemos es lo que menos meditamos. Hoy quiero que lo miremos despacio, como quien abre un regalo que recibió hace mucho tiempo y nunca terminó de desenvolver.

Para entender estas palabras conviene recordar dónde fueron dichas. Jesús las pronunció en una conversación nocturna con Nicodemo, un fariseo, miembro del Sanedrín y maestro de Israel (Juan 3:1, 10). Era un hombre religioso, respetado y sincero, y aun así Jesús le dijo que necesitaba nacer de nuevo (Juan 3:3). Luego le recordó que Moisés levantó la serpiente en el desierto, y le explicó que de la misma manera el Hijo del Hombre tenía que ser levantado, para que todo aquel que en él cree tenga vida eterna (Juan 3:14-15; Números 21:9). Inmediatamente después vienen las palabras de nuestro texto: son la explicación de por qué Jesús sería levantado en una cruz.

Nota lo que este versículo afirma sin rodeos: que existe un Dios, que ese Dios ama, que ese amor tiene un costo que Él mismo pagó, y que lo que se nos pide es sencillo: creer. No dice «el que más sabe» ni «el que más ha hecho», sino «todo aquel que en él cree». Nadie queda fuera de esas palabras.

En este versículo se resume el mensaje cristiano. Para ver su grandeza lo dividiremos en tres partes, y cada una nos muestra algo «más grande»: primero, el Ser más grande, Dios Todopoderoso; segundo, la emoción más poderosa, el amor; y tercero, la mayor dádiva que jamás

se haya dado, su Hijo. Cada parte nos llevará a distintos textos de la Biblia, para que veamos que este versículo no es una frase aislada, sino el resumen de todo lo que Dios ha hecho. Si hoy nos acompaña alguien por primera vez, sea bienvenido: este versículo fue escrito para ti.

I. El Ser más grande: Dios Todopoderoso

A lo largo de la historia, la humanidad ha buscado entender el origen del universo y de la existencia misma. Muchos han especulado sobre cómo llegaron a existir la tierra y los cielos y, en su búsqueda, han creado mitologías y dioses que intentan explicar lo inexplicable. Sin embargo, la Biblia nos ofrece una visión clara y única: «En el principio creó Dios los cielos y la tierra» (Génesis 1:1). El nombre que se usa allí para Dios, Elohim, nos presenta al Todopoderoso, el único Ser infinito, el Creador de todo lo que existe.

A diferencia de las creencias politeístas, que dividen los poderes de la creación entre múltiples deidades, la Biblia presenta a un solo Dios, soberano sobre todo. El apóstol Pablo lo dijo en Atenas: el Dios que hizo el mundo y todas las cosas que en él hay no habita en templos hechos por manos humanas, ni es honrado por manos de hombres, como si necesitase de algo (Hechos 17:24-25). Ese Dios no compite con otros dioses; no tiene rivales.

Ya lo había demostrado en Egipto. Las plagas no fueron simples desastres: fueron juicios de Dios contra los dioses de Egipto (Éxodo 12:12; Números 33:4), y mostraron que ninguna de esas deidades podía proteger a quienes confiaban en ellas.

Lo vemos también en Babilonia. A los jóvenes hebreos les cambiaron los nombres por otros que honraban a dioses paganos (Daniel 1:7), como si un nuevo nombre pudiera borrar al Dios de sus padres. Pero Daniel propuso en su corazón no contaminarse (Daniel 1:8), y tiempo después el propio rey Nabucodonosor reconoció que el Dios de Daniel es Dios de dioses y Señor de los reyes (Daniel 2:47).

Y lo vemos en el monte Carmelo (1 Reyes 18). Elías estaba solo frente a cuatrocientos cincuenta profetas de Baal (v. 22). Desde la mañana hasta el mediodía ellos clamaron a su dios, y no hubo voz, ni quien respondiese (vv. 26-29). Cuando Elías oró, cayó fuego del cielo, y todo el pueblo reconoció que Jehová es Dios (vv. 38-39). Aquel día quedó claro quién es el único Dios verdadero.

Hoy los ídolos tienen otros nombres. Jesús advirtió que no se puede servir a Dios y a las riquezas (Mateo 6:24), y Pablo llamó idolatría a la avaricia (Colosenses 3:5). Al dinero, al éxito o al placer se les puede servir con la misma devoción que a Baal y, como él, no responden cuando más los necesitamos. Solo el Dios de Juan 3:16 puede responder.

Este es el Dios de Juan 3:16: el Creador, el soberano, el que no tiene rival. Piensa por un momento en lo que eso significa: quien sostiene el universo es quien se ocupa de ti. Pero lo que hace asombroso este versículo no es solamente lo grande que es Dios, sino lo que este Dios tan grande siente por nosotros.

II. La emoción más poderosa: un Dios que siente y actúa

El amor es una palabra poderosa, pero a menudo malentendida. Hoy se usa para hablar de gustos, de atracción, de comodidad. En las Escrituras, Dios nos muestra qué es el amor verdadero: «Dios es amor» (1 Juan 4:8), y «Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero» (1 Juan 4:19). Este amor no es un simple sentimiento, sino una fuerza transformadora que nos lleva a imitar el amor del Padre en nuestras relaciones con los demás. El amor de Dios no comenzó como respuesta al nuestro: llegó primero, y llegó cuando no lo merecíamos.

¿Siente Dios? La Biblia responde que sí. En Génesis 6, al ver que la maldad de los hombres era mucha, Dios se entristeció en su corazón (v. 6). La Escritura usa lenguaje humano para expresar una realidad: Dios no es indiferente al pecado ni al sufrimiento, aunque nunca es sorprendido por ellos (cf. Números 23:19). Y con la misma frecuencia, Dios manifestó paciencia hacia su pueblo.

Cuando los israelitas gemían bajo la esclavitud en Egipto, la Biblia dice que Dios oyó su gemido y se acordó de su pacto (Éxodo 2:24). Luego le dijo a Moisés que había visto la aflicción de su pueblo, que había oído su clamor, que conocía sus angustias y que había descendido para librarlos (Éxodo 3:7-8). Dios envió a Moisés y a Aarón (Éxodo 3:10; 4:14-16). Ni un solo gemido pasó inadvertido para Él. El amor de Dios se mueve: ve, oye y actúa.

Jonás nos deja otro retrato. Se quejó porque Dios decidió no derramar su ira sobre Nínive cuando la ciudad se arrepintió (Jonás 3:10), y le dijo a Dios: «porque sabía yo que tú eres Dios clemente y piadoso, tardo en enojarte, y de grande misericordia, y que te arrepientes del mal» (Jonás 4:2). Jonás lo dijo como reproche, pero describió exactamente cómo es Dios: abunda en amor firme e inquebrantable.

Y Dios cerró el libro con una pregunta que revela su corazón: ¿no habría de compadecerse de Nínive, esa gran ciudad donde había más de ciento veinte mil personas que no sabían discernir entre su mano derecha y su mano izquierda? (Jonás 4:11). Dios se compadece incluso de quienes todavía no lo conocen.

Ese mismo Dios que mostró su poder en el Carmelo trató con delicadeza a Elías cuando este, abatido, huyó de Jezabel (1 Reyes 19:1-4). No le habló en el viento fuerte, ni en el terremoto, ni en el fuego, sino en un silbo apacible y delicado (1 Reyes 19:11-13). El Dios que responde con fuego desde el cielo es también el Dios que se acerca con ternura al que está cansado. Si alguna vez has pensado que Dios está lejos o enojado contigo, estas escenas dicen otra cosa.

Pero la mayor prueba de ese amor no está en Egipto, ni en Nínive, ni en el Carmelo. «Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros» (Romanos 5:8). Juan lo explica así: el amor de Dios se manifestó en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por él; y en esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por

nuestros pecados (1 Juan 4:9-10). Eso nos lleva a la tercera parte de nuestro versículo: el amor de Dios no se quedó en palabras; se convirtió en un regalo.

III. La mayor dádiva: el sacrificio voluntario de Jesucristo

El amor de Dios no es un concepto abstracto ni una emoción pasiva; es un acto de entrega tangible y definitivo. Algunas religiones paganas exigían que el ser humano sacrificara incluso a sus propios hijos para apaciguar a deidades distantes e implacables (Levítico 18:21; Deuteronomio 12:31). El Evangelio revela una verdad revolucionaria y asombrosa: Dios mismo provee el sacrificio, y el Hijo se entrega voluntariamente por amor a nosotros. Veamos esa dádiva en tres aspectos: fue única, fue voluntaria y fue sustitutiva.

A. Una dádiva única: el Hijo unigénito

Cuando Juan escribe que Dios «ha dado a su Hijo unigénito», utiliza el término griego monogenēs, que no solo indica descendencia, sino la exclusividad de una relación única e irremplazable. Es el tesoro del Padre. Juan usa esa misma palabra al hablar del Verbo hecho carne, el unigénito del Padre (Juan 1:14, 18), y nos recuerda que estaba con Dios desde el principio (Juan 1:1-2). No era un ángel ni un profeta: era el Hijo.

Para comprender la dimensión de este don, debemos mirar el monte Moriah (Génesis 22). Dios le pide a Abraham: «Toma ahora tu hijo, tu único, Isaac, a quien amas» (Génesis 22:2). Hebreos 11:17 usa esa misma palabra, monogenēs, para hablar de Isaac. Abraham obedeció y levantó el cuchillo; pero en el último instante Dios detuvo su mano y proveyó un carnero para el sacrificio (Génesis 22:12-13). Antes, en el camino, Isaac había preguntado dónde estaba el cordero para el holocausto, y Abraham respondió que Dios se proveería de cordero (Génesis 22:7-8). Esa respuesta esperó siglos su cumplimiento pleno, hasta que Dios mismo proveyó al Cordero.

Sin embargo, cuando llegó la hora del Calvario, el Padre no detuvo la espada de la justicia. Dios no escatimó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros (Romanos 8:32). Y recordemos quién fue clavado en aquella cruz: aquel por medio de quien fueron creadas todas las cosas (Juan 1:3; Colosenses 1:16). El Dios del universo entregó lo más valioso de los cielos por lo más arruinado de la tierra. Como padres, ¿entregaríamos a nuestro único hijo por quienes nos ignoran o nos rechazan? Dios lo hizo.

B. Una dádiva voluntaria: amor en acción

El sacrificio del Calvario no fue la ejecución trágica de un mártir indefenso, ni un acto de coerción divina. Fue la decisión libre, soberana y gozosa de Jesucristo por amor a la humanidad perdida (Hebreos 12:2). Él mismo lo declaró con claridad: «Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar» (Juan 10:18).

Cuando vinieron a arrestarlo en el huerto, Jesús, sabiendo todo lo que le sobrevendría, se adelantó a su encuentro (Juan 18:4). Él mismo dijo que podía pedirle al Padre más de doce legiones de

ángeles, y que se los enviaría de inmediato (Mateo 26:53). No los pidió. Pablo lo resume: se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz (Filipenses 2:8).

El costo se ve en Getsemaní. En la agonía del huerto, Jesús contempló la copa que le correspondía beber a la humanidad pecadora, y Lucas registra que su sudor se hizo como grandes gotas de sangre que caían hasta la tierra (Lucas 22:44). Sin embargo, su amor por el Padre y por nosotros prevaleció: «pero no se haga mi voluntad, sino la tuya» (Lucas 22:42; cf. Mateo 26:39). Y en la cruz, cuando todo estuvo cumplido, Juan nos dice que inclinó la cabeza y entregó el espíritu (Juan 19:30). Fíjate en el verbo: no se lo arrebataron; lo entregó.

C. Una dádiva sustitutiva: Él tomó nuestro lugar

En la cruz, aquel que no conoció pecado fue hecho pecado por nosotros, para que fuéramos hechos justicia de Dios en él (2 Corintios 5:21). Isaías lo había anunciado siglos antes: «Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados» (Isaías 53:5). El sufrimiento de Cristo no fue únicamente físico (las espinas, los clavos y la lanza), sino también el peso espiritual de cargar con nuestras culpas, hasta clamar: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?» (Mateo 27:46). Cristo cargó con el castigo que nosotros merecíamos para darnos la vida que jamás podríamos ganar.

Una escena de aquella mañana nos deja una imagen de esto. Ante Pilato estaba Barrabás, un preso famoso, y el pueblo pidió que lo soltaran a él y que Jesús fuera crucificado (Mateo 27:15-26). Barrabás salió libre porque otro ocupó su lugar. No hizo nada para merecer su libertad; solo recibió lo que otro pagó. Eso mismo, en un sentido mucho más profundo, hizo Cristo por cada uno de nosotros.

Nuestro versículo dice «no se pierda». Sin Cristo estamos perdidos: nuestros pecados nos separan de Dios (Isaías 59:2), y la paga del pecado es muerte. Pero la frase no termina ahí: «mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro» (Romanos 6:23). Fíjate en la palabra: dádiva, un regalo. Nosotros ganamos un salario, y era la muerte; Dios ofrece un regalo, y es la vida.

Bajo el Antiguo Pacto se sacrificaban miles de animales año tras año, pero la sangre de los toros y de los machos cabríos no podía quitar los pecados (Hebreos 10:4). Por eso, cuando Juan el Bautista vio a Jesús, dijo: «He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo» (Juan 1:29). Su sacrificio en la cruz es:

1. Sustitutivo: Cristo padeció una vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios (1 Pedro 3:18).
2. Suficiente: después de ofrecer un solo sacrificio por los pecados para siempre, se sentó a la diestra de Dios (Hebreos 10:12).
3. Eficaz: garantiza la vida eterna a todo aquel que deposita su fe en él (Juan 3:16).

Jesús dijo: «Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos» (Juan 15:13). Y él la dio por nosotros cuando todavía éramos sus enemigos (Romanos 5:10). Única, voluntaria y sustitutiva: esa es la mayor dádiva que el cielo ha dado a la tierra.

Conclusión e invitación

La historia de la Biblia, desde los valles del Génesis hasta las visiones del Apocalipsis, no es la búsqueda del hombre tratando de alcanzar a Dios, sino la historia del amor de Dios descendiendo a buscar al hombre. Juan 3:16 no es solo un texto para memorizar; es una invitación a mirar las marcas de los clavos en las manos del Hijo de Dios.

Ante un amor de tal magnitud (un Padre que no escatimó a su propio Hijo, y un Hijo que voluntariamente se entregó al tormento del Calvario para tomar nuestro lugar) la neutralidad es imposible. Juan mismo lo dice en el versículo siguiente: Dios no envió a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él; pero el que no cree ya ha sido condenado (Juan 3:17-18).

Si contemplamos el sacrificio con indiferencia, rechazamos la mayor dádiva del cielo. Si respondemos con fe y arrepentimiento, recibimos la vida eterna.

Al contemplar la cruz no vemos a una víctima trágica, sino al Rey de gloria extendiendo sus brazos. No nos ama porque lo merezcamos: siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros (Romanos 5:8). Como en la parábola del hijo pródigo (Lucas 15:11-32), el Padre no nos espera con una lista de reclamos: cuando el hijo todavía estaba lejos, lo vio, fue movido a misericordia, corrió y se echó sobre su cuello, y le besó (Lucas 15:20). El hijo lo había derrochado todo, y aun así el padre no esperó una explicación: primero vino el abrazo y después la confesión (Lucas 15:20-21). Así espera Dios al pecador arrepentido.

Recordemos las dos palabras con que empieza la promesa: «todo aquel». No importa el pasado, la edad ni los errores. Esas palabras te incluyen a ti. Y para quien ya cree, este versículo trae seguridad: la vida eterna no descansa en cuánto amamos nosotros a Dios, sino en cuánto nos amó él primero.

La pregunta que el Evangelio nos hace hoy no es si entendemos teológicamente la cruz, sino: ¿qué haremos con el sacrificio de Jesucristo? No podemos pagar por este regalo, porque ya fue pagado con la sangre del Cordero. No podemos merecerlo, porque es una dádiva de pura gracia (Efesios 2:8-9). Pero sí podemos recibirlo. Si hoy quieres responder a este amor, Jesús te invita a creer en él, a arrepentirte de tus pecados y a rendirle tu vida. «He aquí ahora el día de salvación» (2 Corintios 6:2).

La única respuesta digna ante la dádiva más grande es rendir nuestra vida en fe, arrepentimiento y adoración, diciendo como el apóstol Pablo: «el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí» (Gálatas 2:20).

Aplicación

El amor de Dios no se escucha solamente: se responde. Estas son tres maneras concretas de vivir hoy lo que aprendiste en este sermón.

1. Medita el versículo despacio. Esta semana, lee Juan 3:16 una vez al día, y cada vez detente en una sola frase: «de tal manera amó», «ha dado», «todo aquel», «no se pierda». Pregúntate qué te dice esa frase sobre Dios y qué te pide a ti.
2. Reconoce al Dios que sostiene tu vida. Si hay algo (el dinero, el éxito, el placer o el temor) a lo que le has dado el lugar que solo le corresponde a Dios, nómbralo hoy delante de él y vuelve a ponerlo en su sitio.
3. Comparte el regalo. Piensa en una persona que no conoce este versículo, o que cree que Dios está lejos de ella. Escríbele, llámala o invítala esta semana, y cuéntale con tus palabras por qué Juan 3:16 fue escrito también para ella.

Si todavía no has respondido a este amor, hoy es el día: cree en Jesús, arrepiéntete de tus pecados y entrégale tu vida.

SERMÓN 2 DE 6

El versículo más grande de la Biblia

La mayor creación con la mayor necesidad

Sinopsis. *Los seres humanos son la mayor creación de Dios, hechos a su imagen, pero el libre albedrío que él les ha otorgado les lleva a enfrentarse a la mayor necesidad de todas: la necesidad de redención.*

Introducción

> *«Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna.»*
>
> Juan 3:16, Reina-Valera 1960

Vivimos en una era de grandes avances tecnológicos y médicos que han transformado nuestras vidas. Hoy podemos hablar en tiempo real con alguien al otro lado del planeta, trasplantar órganos y diagnosticar enfermedades que antes eran un misterio. Sin embargo, al reflexionar sobre la creación de Dios, nos damos cuenta de que ninguna invención humana puede compararse con la magnificencia de su obra. Mientras que las creaciones humanas son limitadas y a menudo defectuosas, la creación de Dios es perfecta y refleja su poder y amor infinitos.

Si tuviéramos que medir la grandeza de una obra por el valor que su autor le da, ¿qué diríamos del ser humano? Dios no entregó a su Hijo por las estrellas, ni por las montañas, ni por los océanos. Lo entregó por el mundo de los hombres. Y eso nos lleva a una pregunta que todos deberíamos hacernos: ¿cuál es la mayor necesidad del ser humano?

En este sermón exploraremos cómo los seres humanos, siendo la mayor creación de Dios, enfrentan también la mayor necesidad: la de ser reconciliados con su Creador. Veremos primero la creación incomparable de Dios, luego la grandeza de la humanidad dentro de esa creación, después el libre albedrío y la caída del hombre, y finalmente la respuesta que Dios dio a nuestra necesidad.

I. La creación incomparable de Dios

La palabra «crear» implica hacer existir algo de la nada, y según esta definición, solo Dios es verdaderamente un creador. «En el principio creó Dios los cielos y la tierra» (Génesis 1:1). Todo lo que el hombre ha «creado» es, en realidad, una invención, porque parte de materiales que ya existen. El ingeniero necesita acero, el pintor necesita color y el músico necesita sonido. Dios, por otro lado, creó el universo entero y todas las cosas que hay en él con su sola palabra: «Porque él dijo, y fue hecho; él mandó, y existió» (Salmos 33:9). Y la carta a los Hebreos nos recuerda que por la fe entendemos haber sido constituido el universo por la palabra de Dios, de modo que lo que se ve fue hecho de lo que no se veía (Hebreos 11:3).

Pensemos en algunos de los grandes inventores y creadores de nuestra época. Steve Jobs revolucionó la manera en que nos comunicamos con la invención del iPhone. George Lucas llevó al cine un universo de ficción con La guerra de las galaxias. Stan Lee dio vida a un universo de superhéroes que millones de personas conocen. Son obras notables, y sus autores merecen reconocimiento por su ingenio. Pero fíjate en algo: todos ellos trabajaron con ideas, materiales y talentos que alguien más les dio. Y ninguna de esas obras puede respirar, sentir ni amar. Los personajes de la ficción no tienen vida; los dispositivos más avanzados necesitan que alguien los cargue y los encienda.

Cuando observamos la creación de Dios, notamos que es infinitamente superior a cualquier invención humana. Por ejemplo, aunque el hombre ha desarrollado corazones artificiales como medida temporal hasta que se pueda realizar un trasplante, estos no se comparan con el corazón humano original creado por Dios, que funciona de manera autónoma y perfecta durante décadas, latiendo cerca de cien mil veces al día sin que nadie lo programe, lo repare ni lo recargue.

Pablo afirma que lo invisible de Dios, su eterno poder y deidad, se hace claramente visible desde la creación del mundo, siendo entendido por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa (Romanos 1:20). Y el salmista exclama: «Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos» (Salmos 19:1). La creación es un testimonio constante. Pero dentro de esa creación, hay una obra que Dios hizo de manera distinta a todas las demás.

II. La mayor creación: la humanidad

Juan 3:16 dice que «de tal manera amó Dios al mundo». En este contexto, «el mundo» se refiere a la humanidad, la cúspide de la creación divina. Aunque el hombre fue creado en el sexto día, no fue una ocurrencia tardía. Dios creó todo lo que hay en la tierra y lo preparó para el hombre, un ser hecho a su imagen y semejanza: «Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó» (Génesis 1:27).

El salmista, al contemplar su propia existencia, no pudo contenerse: «Te alabaré; porque formidables, maravillosas son tus obras; estoy maravillado, y mi alma lo conoce mucho» (Salmos

139:14). Cada persona que ha vivido, desde el más famoso hasta el más olvidado, es una obra planeada por Dios. No existen «personas sin valor» en la creación; existen personas a quienes nadie les ha dicho cuánto valen.

El orden de la creación

Si miramos el relato de Génesis 1, vemos que los tres primeros días forman los espacios, y los tres siguientes los llenan.

1. Día 1: creación de la luz (Génesis 1:3-5).
2. Día 2: creación del firmamento (Génesis 1:6-8).
3. Día 3: creación de la tierra seca, los mares y la vegetación (Génesis 1:9-13).
4. Día 4: creación de los astros celestes (Génesis 1:14-19).
5. Día 5: creación de los seres marinos y las aves (Génesis 1:20-23).
6. Día 6: creación de los animales terrestres y del ser humano (Génesis 1:24-31).

La lógica del sexto día

Cuando llegó el sexto día, ya la tierra estaba llena de plantas y frutos (día 3); había luz solar y ciclos de tiempo (día 4); existían las aves y los peces (día 5); y los animales terrestres estaban listos, justo antes del hombre (día 6). Solo entonces el hombre aparece, con todo preparado para vivir, gobernar y cuidar. Es como invitar a alguien a cenar: no lo llamas cuando apenas estás hirviendo el agua; lo invitas cuando la mesa ya está servida.

La enseñanza espiritual detrás del orden

El hecho de que el hombre llegue al final de la obra creadora nos enseña tres verdades. Primera, no somos el centro de todo, sino parte del plan divino: Dios ya había establecido orden y sustento. Segunda, somos coronación, no ocurrencia: llegamos cuando todo estaba «muy bueno» (Génesis 1:31). Tercera, tenemos dependencia y propósito: el hombre no se hizo a sí mismo ni creó su mundo; lo recibió como un don para administrarlo (Génesis 1:28; Salmos 8:3-6). Dios no improvisó. Preparó primero la casa y luego trajo al inquilino principal.

A imagen y semejanza de Dios

¿Qué significa ser creados «a imagen y semejanza» de Dios? No se refiere a nuestro cuerpo físico, pues «Dios es Espíritu» (Juan 4:24), sino a nuestra alma inmortal y nuestra capacidad de tomar decisiones morales. El libro de Eclesiastés dice que al morir el polvo vuelve a la tierra, y el espíritu vuelve a Dios que lo dio (Eclesiastés 12:7). Esa capacidad de discernir entre el bien y el mal, de razonar y de anhelar lo espiritual, es lo que nos distingue del resto de la creación. Ningún otro ser tiene esta capacidad. Santiago incluso apela a ella para pedirnos respeto por los demás: los hombres han sido hechos a la semejanza de Dios (Santiago 3:9). Dios creó al hombre para tener una relación con él, para compartir su amor y para ser amado en retorno.

Y precisamente porque fuimos creados para una relación, a Dios no le bastaba con tener autómatas obedientes. Quería hijos que lo eligieran. Eso nos lleva a la siguiente parte.

III. El libre albedrío y la caída del hombre

Dios creó al hombre con libre albedrío, es decir, con la capacidad de elegir entre el bien y el mal, de aceptar o rechazar el amor de Dios. Este don divino es tanto una bendición como un desafío. Un amor que no puede ser rechazado no es amor, sino programación. Por eso Dios puso al hombre en el huerto del Edén y le dio un mandamiento claro: podía comer de todo árbol del huerto, pero del árbol de la ciencia del bien y del mal no debía comer, «porque el día que de él comieres, ciertamente morirás» (Génesis 2:16-17).

Adán y Eva, los primeros seres humanos, ejercieron su libre albedrío y eligieron desobedecer a Dios, trayendo así el pecado al mundo (Génesis 3:1-7). Nota cómo empezó todo: la serpiente puso en duda lo que Dios había dicho, la mujer miró el fruto y lo vio agradable, y el hombre comió con ella. Este acto de desobediencia rompió la comunión que tenían con Dios; se escondieron de su presencia entre los árboles del huerto (Génesis 3:8) y fueron expulsados del lugar donde caminaban con él (Génesis 3:23-24).

La consecuencia del pecado es la muerte y la separación de Dios. «Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios» (Romanos 3:23). Pablo explica que por un hombre entró el pecado en el mundo, y por el pecado la muerte, la cual pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron (Romanos 5:12). El libre albedrío no es solo cosa de Adán: cada uno de nosotros, cuando ha tenido la edad de decidir, ha elegido apartarse de Dios. Esa separación es la raíz de la mayor necesidad de la humanidad.

IV. La mayor necesidad: redención a través de Cristo

¿Cuál es la mayor necesidad del hombre? No es una mejora en tecnología, medicina, economía o cualquier otro avance humano. La mayor necesidad de la humanidad es la reconciliación con Dios, la restauración de esa comunión perdida. Isaías lo expresa así: «pero vuestras iniquidades han hecho división entre vosotros y vuestro Dios, y vuestros pecados han hecho ocultar de vosotros su rostro para no oíros» (Isaías 59:2). Sin Dios estamos, como dice Pablo, «sin esperanza y sin Dios en el mundo» (Efesios 2:12). Esa falta de esperanza es la verdadera tragedia del pecado.

Las demás necesidades tienen solución en la tierra: se cura una enfermedad, se levanta una casa, se gana un salario. Pero ningún esfuerzo humano puede borrar un pecado ni reconciliarnos con el Creador. Es como un hombre atrapado en un pozo, que puede inventar escaleras y cuerdas, pero que no puede salir por sus propias fuerzas si el pozo es más profundo que cualquier cuerda que pueda fabricar.

Pero hay una solución a este problema. Juan 3:16 nos recuerda que Dios, en su amor infinito, dio a su Hijo unigénito para que muriera por nuestros pecados. Cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer, para que redimiese a los que estaban bajo la ley (Gálatas 4:4-5). Jesús vino a la tierra, vivió una vida perfecta y se ofreció como el sacrificio supremo para salvarnos. Fuimos rescatados no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación (1 Pedro 1:18-19). Su muerte y su resurrección nos ofrecen el camino a la vida eterna y la restauración de nuestra relación con Dios.

La respuesta, frase por frase en Juan 3:16

1. «De tal manera amó»: la iniciativa es de Dios. No esperó a que lo buscáramos; «siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros» (Romanos 5:8).
2. «Ha dado a su Hijo»: ese es el precio. La redención costó la sangre de Cristo.
3. «Todo aquel que en él cree»: es para todos, y la respuesta es nuestra. Dios hizo su parte; nos toca confiar en él.
4. «No se pierda, mas tenga vida eterna»: pasamos de perdidos a reconciliados, con la esperanza de un lugar preparado (Romanos 6:23; Juan 14:2-3).

Conclusión

La mayor creación de Dios, la humanidad, tiene una gran necesidad: la necesidad de un Salvador. Esa necesidad ha sido suplida en la persona de Jesucristo. Aquellos que creen en él no perecerán, sino que tendrán vida eterna.

La elección está en nuestras manos, como seres con libre albedrío. Josué lo planteó al pueblo con claridad: «escogeos hoy a quién sirváis» (Josué 24:15). Y Moisés, antes que él: «Os he puesto delante la vida y la muerte, la bendición y la maldición; escoge, pues, la vida» (Deuteronomio 30:19). Hay dos caminos y dos destinos finales:

1. Separación eterna: el lago de fuego, donde serán lanzados los que no se hallaron inscritos en el libro de la vida (Apocalipsis 20:14-15).
2. O comunión eterna: el tabernáculo de Dios con los hombres, donde él mismo enjugará toda lágrima de sus ojos (Apocalipsis 21:3-4).

De todas las cosas que la humanidad necesita, no hay ninguna más grande que una respuesta a nuestros pecados. Necesitamos un Salvador, y Dios nos lo dio. Esa es la buena noticia de Juan 3:16.

Aplicación

Reconocer nuestra grandeza como creación de Dios y nuestra necesidad como pecadores cambia la manera en que vivimos. Considera estas aplicaciones.

1. Valórate y valora a los demás como obra de Dios. Si todo ser humano fue hecho a la imagen de Dios, nadie merece ser despreciado. Esta semana, trata con respeto especial a una persona a quien suelas ignorar o menospreciar.
2. Examina cuál necesidad estás poniendo primero. Pregúntate: ¿en qué invierto más tiempo, dinero y energía: en mis necesidades materiales o en mi relación con Dios? Escribe tres cambios concretos que harías para dar a esa relación el primer lugar.
3. Usa bien tu libertad. Tu libre albedrío es un regalo, no un permiso para alejarte de Dios. Identifica una decisión pendiente en tu vida y pregúntate qué elegiría alguien que ama a Dios y confía en él.
4. Lleva la solución a quienes la necesitan. Muchas personas buscan respuestas en el éxito, la tecnología o el placer sin saber que su mayor necesidad es otra. Piensa en alguien de tu entorno y ora esta semana por una oportunidad para hablarle de Cristo.

Y si tú mismo aún no has resuelto tu mayor necesidad, hoy puedes hacerlo: cree en Jesús, el Salvador que Dios dio, y entrega tu vida a él.

SERMÓN 3 DE 6

El versículo más grande de la Biblia

El acto más grande del hombre más grande

Sinopsis. *El camino de Jesús hacia la grandeza es diametralmente opuesto a los estándares mundanos de grandeza. Mientras que el mundo valora la fuerza, el poder y la popularidad, Jesús nos muestra que la verdadera grandeza se manifiesta en el servicio, la humildad y el sacrificio.*

Introducción

> *«Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna.»*
>
> Juan 3:16, Reina-Valera 1960

En el contexto actual, la palabra «grandeza» se usa a menudo para describir logros deportivos, políticos o artísticos. El acrónimo inglés GOAT (Greatest Of All Time, «el más grande de todos los tiempos») se utiliza para describir a personas que se destacan en su campo. Se debate quién es el mejor deportista, el mejor músico o el mejor líder de la historia, y cada generación nombra a sus campeones. Sin embargo, la grandeza humana es fugaz y relativa. Los récords se rompen, los aplausos se apagan y los nombres se olvidan.

A diferencia de esto, la grandeza de Jesús es inmutable y eterna. «Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos» (Hebreos 13:8). En Juan 3:16 se nos revela el acto más grande jamás realizado por el Ser más grande: la entrega de Jesús como Salvador para toda la humanidad. Este acto no fue de poder mundano, sino de amor y sacrificio.

En este sermón veremos tres cosas. Primero, por qué Jesús es el hombre más grande: por lo que es, por cómo vivió y por su misión. Segundo, por qué su acto fue el más grande: la entrega voluntaria de su vida. Y tercero, cómo podemos imitar esa grandeza en nuestra propia vida. Al final descubriremos que la grandeza de Jesús no se parece en nada a lo que el mundo aplaude.

I. El hombre más grande: Jesucristo

1. Jesús es grande por lo que es

Los evangelios describen a Jesús como más que un hombre: como el Verbo de Dios encarnado. Juan afirma: «En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios» (Juan 1:1), y más adelante: «Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros» (Juan 1:14). Todas las cosas por medio de él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho fue hecho (Juan 1:3). Jesús es el Creador y Sustentador del universo, la fuente de la vida y la luz de los hombres (Juan 1:4). Ningún otro ser puede ser descrito de esta manera.

Él es la imagen del Dios invisible (Colosenses 1:15), y en él habita corporalmente toda la plenitud de la deidad (Colosenses 2:9). Cuando Felipe le pidió que les mostrara al Padre, Jesús respondió: «El que me ha visto a mí, ha visto al Padre» (Juan 14:9). Los grandes hombres de la historia son recordados por lo que lograron. Jesús es grande, antes que todo, por quién es.

2. Jesús es grande por cómo vivió

Jesús no solo era Dios en la carne, sino que también vivió como un hombre perfecto y sin pecado. Manifestó la gloria, la gracia y la verdad de Dios en cada aspecto de su vida. Él «anduvo haciendo bienes y sanando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él» (Hechos 10:38). Enseñó con autoridad, de modo que las multitudes se admiraban de su doctrina, porque les enseñaba como quien tiene autoridad y no como los escribas (Mateo 7:28-29). Realizó milagros que demostraron su divinidad: sanó enfermos, calmó la tempestad y resucitó muertos.

Pero la mayor de todas estas demostraciones fue su vida sin pecado. Fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado (Hebreos 4:15). Juan lo resume con una frase breve: «y no hay pecado en él» (1 Juan 3:5). Piensa en lo que eso significa: ni una mentira, ni una mala palabra, ni un pensamiento egoísta en toda su vida. Ningún otro ser humano ha podido decir lo mismo.

Hay algo más que nos sorprende: el contraste entre su origen y su grandeza. El Creador del universo nació en un pesebre, porque no había lugar para ellos en el mesón (Lucas 2:7). Pablo lo expresa así: «siendo rico, por amor a vosotros se hizo pobre, para que vosotros con su pobreza fueseis enriquecidos» (2 Corintios 8:9). Jesús no necesitó palacios ni ejércitos para ser grande; su grandeza se vio precisamente en lo que estuvo dispuesto a dejar.

3. Jesús es grande por su misión

La misión de Jesús no era alcanzar el poder o la fama mundana. Él mismo la declaró: «Porque el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido» (Lucas 19:10). Cuando la gente quiso llevárselo para hacerlo rey por la fuerza, Jesús se retiró al monte él solo (Juan 6:15). Mientras los líderes mundanos buscan engrandecerse a sí mismos, Jesús se humilló y sirvió. Este contraste nos muestra que la grandeza no se mide por lo que logramos para nosotros mismos, sino por lo que sacrificamos para el bien de los demás.

II. El acto más grande: la entrega de su vida

1. El sacrificio supremo

Jesús no solo habló de amor, sino que lo demostró de la manera más tangible posible: dando su vida en la cruz. En un acto de suprema obediencia y amor, «estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz» (Filipenses 2:8). La crucifixión era una de las formas de ejecución más crueles y humillantes de aquel tiempo. Este acto no fue comprendido como grandeza por sus contemporáneos; más bien, fue visto como un fracaso y una derrota. Los que pasaban meneaban la cabeza, y los principales sacerdotes se burlaban: «A otros salvó, a sí mismo no se puede salvar» (Mateo 27:39-42). Sin embargo, en el cielo, fue el momento más glorioso.

2. El amor en acción

Juan 3:16 nos enseña que la motivación detrás de este sacrificio fue el amor: «Porque de tal manera amó Dios al mundo». Jesús no fue obligado a ir a la cruz; lo hizo por amor a nosotros. «Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo» (Juan 10:18). Cuando sus discípulos quisieron defenderlo con la espada, él les dijo que podía rogar al Padre, y que le daría más de doce legiones de ángeles (Mateo 26:51-53). No lo hizo. El amor de Jesús se distingue por su disposición a soportar el dolor, el rechazo y la muerte por el bien de aquellos que estaban perdidos y necesitados. «Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos» (Juan 15:13), y él la puso incluso por quienes eran sus enemigos (Romanos 5:10).

3. Un estándar opuesto al del mundo

La grandeza de Jesús redefine todos los conceptos humanos de grandeza. Cuando los discípulos discutían quién de ellos sería el mayor, Jesús los llamó y les dijo que los gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas, pero «entre vosotros no será así» (Mateo 20:25-26). Mientras el mundo ve grandeza en la conquista y el dominio, Jesús muestra grandeza en el servicio, el sacrificio y la entrega. Mientras el mundo busca exaltar el «yo», Jesús se humilló, demostrando que la verdadera grandeza viene a través de la entrega de uno mismo. Por eso Dios lo exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre (Filipenses 2:9).

4. Una derrota aparente, una victoria real

Lo que parecía una derrota fue, en realidad, el triunfo más grande de la historia. Pablo explica que Dios canceló el acta de los decretos que había contra nosotros, quitándola de en medio y clavándola en la cruz, y que despojó a los principados y a las potestades, y los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz (Colosenses 2:14-15). El autor de Hebreos dice que Jesús, «por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio» (Hebreos 12:2). Jesús vio más allá del dolor: vio a los redimidos. Por eso, la cruz, que fue el símbolo de la vergüenza, hoy es el símbolo de la esperanza. Y a los tres días, la tumba vacía confirmó que su obra había sido aceptada por el Padre.

III. Cómo imitar la grandeza de Jesús

El sermón no puede quedarse en admirar a Jesús. Pedro nos recuerda que Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo para que sigamos sus pisadas (1 Pedro 2:21). Veamos cuatro maneras de seguirlo.

1. Humildad sobre orgullo

Jesús renunció a su posición en el cielo y se humilló al nivel de un siervo. «El cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo» (Filipenses 2:6-7). Nosotros también estamos llamados a renunciar al orgullo y a poner a otros por encima de nosotros: «Nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien, con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo» (Filipenses 2:3). El orgullo pregunta: «¿Qué gano yo?». La humildad pregunta: «¿A quién puedo ayudar?».

2. Servicio sobre exaltación propia

«El que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor» (Mateo 20:26). Así como Jesús sirvió a sus discípulos lavándoles los pies (Juan 13:3-5, 12-15), también nosotros debemos servir a los demás con amor y humildad. Fíjate en quién lo hizo: el Maestro y Señor, el que merecía ser servido. El servicio no consiste en hacer cosas importantes que otros vean, sino en hacer cosas necesarias aunque nadie las note.

3. Perdón sobre venganza

En la cruz, Jesús oró por sus enemigos: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (Lucas 23:34). Mientras lo clavaban, pidió misericordia para quienes lo estaban crucificando. Debemos seguir su ejemplo, extendiendo el perdón incluso a aquellos que nos han herido profundamente. Pablo nos exhorta a perdonarnos unos a otros, como Dios también nos perdonó a nosotros en Cristo (Efesios 4:32). El perdón no justifica la ofensa; libera al que perdona de cargar con el rencor.

4. Sufrimiento con propósito

Jesús sufrió no porque fuera débil, sino porque su sufrimiento tenía un propósito: nuestra redención. Isaías anunció que él llevó nuestros dolores y cargó con nuestras enfermedades, y que el castigo de nuestra paz fue sobre él (Isaías 53:4-5). Cuando enfrentamos pruebas, debemos recordar que, al igual que Jesús, nuestro sufrimiento puede tener un propósito mayor. Santiago nos anima a tener por sumo gozo cuando nos hallemos en diversas pruebas, sabiendo que la prueba de nuestra fe produce paciencia (Santiago 1:2-3). Esto no significa buscar el dolor ni minimizarlo, sino confiar en que Dios puede usarlo para formarnos y para bendecir a otros.

Conclusión: la verdadera grandeza según Jesús

Al reflexionar sobre el acto más grande del hombre más grande, debemos redefinir lo que entendemos por grandeza. La verdadera grandeza se encuentra en la humildad, el sacrificio y el servicio. ¿Deseas ser grande? Sigue el ejemplo de Jesús: vive para servir, no para ser servido; ama, incluso cuando te rechacen; y da tu vida, no en sentido literal, sino entregándote completamente a la voluntad de Dios.

Recuerda las palabras de Jesús: «como el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos» (Mateo 20:28). Esa es la medida de la grandeza. Los campeones de este mundo reciben trofeos que se empolvan; el que sirve como Cristo recibe una corona que no se marchita (1 Pedro 5:4). Y la invitación de Juan 3:16 sigue en pie: el Hijo de Dios dio su vida por ti. La pregunta es qué harás con ese acto.

Aplicación

Juan 3:16 nos llama a valorar la verdadera grandeza de Cristo y a responder con gratitud. Si él nos amó tanto como para dar su vida, ¿cómo no amar a los demás con el mismo espíritu de sacrificio? Estas son algunas maneras de practicarlo esta semana.

1. Haz un acto de servicio escondido. Elige una tarea necesaria (limpiar, cocinar, acompañar a un enfermo, ayudar en la congregación) y hazla sin que nadie lo sepa ni te lo agradezca.
2. Revisa a quién te falta perdonar. Escribe el nombre de una persona que te hirió y decide, delante de Dios, soltar el rencor. Si es posible, da un paso hacia la reconciliación.
3. Examina tu definición de grandeza. Pregúntate qué admiras más: el reconocimiento o el servicio. Cambia una meta personal para que incluya el beneficio de otros.
4. Mira tu sufrimiento actual a la luz de la cruz. Si atraviesas una prueba, pídele a Dios que la use para formarte y para ayudar a alguien más que esté pasando por algo parecido.

Y recuerda: ¿cómo mostrarás hoy ese amor desinteresado y transformador a tu familia, a tus amigos y a tu comunidad?

SERMÓN 4 DE 6

El versículo más grande de la Biblia

La mayor invitación

Sinopsis. *La invitación de Dios para la salvación, como se presenta en Juan 3:16, es universal. A través del sacrificio de Jesús, Dios extiende una invitación abierta a toda la humanidad, ofreciendo vida eterna a aquellos que creen en su Hijo. Este llamado a la redención ha sido, y sigue siendo, un pilar fundamental en el plan de salvación de Dios.*

Introducción

> *«Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna.»*
>
> Juan 3:16, Reina-Valera 1960

De los miles de versículos en la Biblia, Juan 3:16 se ha convertido en uno de los más conocidos y citados. Lo vemos en pancartas, en camisetas, en las paredes de los templos y hasta en las tarjetas que se reparten en la calle. Este versículo contiene una verdad que trasciende tiempo y espacio: la promesa de salvación a través de Jesucristo.

Sin embargo, dentro de esta simple pero profunda declaración encontramos un componente clave: la mayor invitación jamás hecha, una invitación que sigue extendiéndose a toda la humanidad. Una invitación tiene cuatro elementos: alguien que invita, alguien a quien se invita, una condición para aceptarla y una consecuencia si se rechaza. Juan 3:16 los contiene todos. Quien invita es Dios, que «de tal manera amó al mundo». A quien invita es a «todo aquel». La condición es creer. Y la consecuencia de rechazarla es perderse, en lugar de tener vida eterna.

En este sermón examinaremos esos elementos en tres partes: la invitación universal, la condición de la invitación y el peligro de rechazarla. Escúchala como si hubiera sido escrita para ti, porque lo fue.

I. «Todo aquel»: la invitación universal

La primera expresión que debemos destacar en este versículo es «todo aquel», que abre las puertas de la salvación a todo ser humano. La invitación de Dios no se limita a un grupo étnico, una nación o una clase social. Desde el comienzo, el plan de Dios para la redención incluía a todas las naciones. Apocalipsis 13:8 llama a Jesús «el Cordero que fue inmolado desde el principio del mundo», destinado a ser el Salvador del mundo entero, no solo de una nación o grupo en particular.

El apóstol Juan nos recuerda: «Y nosotros hemos visto y testificamos que el Padre ha enviado al Hijo, el Salvador del mundo» (1 Juan 4:14). El alcance de esta invitación es universal: Dios envió a su Hijo para salvar a todas las personas, sin excepción. Pedro lo comprendió en la casa de Cornelio, cuando dijo que Dios no hace acepción de personas, sino que en toda nación se agrada del que le teme y hace justicia (Hechos 10:34-35). Y Pablo declaró que en Cristo no hay judío ni griego, ni esclavo ni libre, ni varón ni mujer (Gálatas 3:28).

El error de los judíos

En la época de Jesús, muchos de los judíos creían que la salvación y el Mesías eran exclusivamente para ellos. Se aferraban a su linaje de Abraham como garantía de su lugar en el plan de Dios (Juan 8:39), y perdieron de vista que la promesa a Abraham incluía bendecir a todas las familias de la tierra: «y serán benditas en ti todas las familias de la tierra» (Génesis 12:3). Esta bendición se cumplió en Cristo, cuyo sacrificio se extiende a todas las naciones. Isaías ya lo había anunciado: «Ho, todos los sedientos, venid a las aguas» (Isaías 55:1).

La Gran Comisión

Jesús, antes de ascender, dejó claro que la invitación del evangelio debía ser proclamada a todos: «Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura» (Marcos 16:15). La salvación no es un privilegio exclusivo, sino una oferta abierta para todo aquel que escuche y crea. El último capítulo de la Biblia termina con esa misma invitación: «el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente» (Apocalipsis 22:17). La puerta está abierta de principio a fin.

Un ejemplo de invitación aceptada

Felipe encontró a un funcionario etíope, eunuco, tesorero de la reina Candace, que volvía de adorar en Jerusalén y leía al profeta Isaías sin entenderlo. Era un extranjero, de otra raza, de tierra lejana, y aun así la invitación llegó hasta él. Felipe le anunció el evangelio de Jesús a partir de ese mismo pasaje; el etíope creyó, pidió ser bautizado y siguió su camino gozoso (Hechos 8:26-39). Dios movió a un evangelista a un camino desierto para alcanzar a un solo hombre. Así de personal es la invitación. Y el día de Pentecostés Pedro dijo a la multitud: «Porque para vosotros es la promesa, y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos; para cuantos el Señor nuestro Dios llamare» (Hechos 2:39).

Libre albedrío y rechazo de la invitación

Es importante recordar que, aunque la invitación es universal, no todos la aceptan. Jesús mismo dijo: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame» (Lucas 9:23). El discipulado es una elección de libre albedrío. Dios invita, pero no obliga. En la parábola de la gran cena (Lucas 14:16-24), vemos que muchos rechazaron la invitación ofreciendo excusas: uno había comprado una hacienda, otro cinco yuntas de bueyes, otro se había casado. Ninguna de las excusas era maldad evidente; eran cosas buenas que ocuparon el lugar de lo mejor. Así también, Pablo enfrentó el rechazo del evangelio en Antioquía cuando los judíos se opusieron a su predicación (Hechos 13:45-46). Esta invitación puede ser rechazada, pero el llamado sigue siendo constante y amoroso.

II. «Cree en él»: la condición de la invitación

La invitación de Dios para la salvación, aunque es universal, es condicional. La frase «todo aquel que en él cree» establece un requisito fundamental: la fe en Jesucristo. No es suficiente con oír o conocer el mensaje del evangelio; es necesario creer en Jesús como el Hijo de Dios, el Salvador del mundo. Sin fe es imposible agradar a Dios, porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan (Hebreos 11:6).

Condicional, no universalismo

Algunas enseñanzas promueven la idea de que todos serán salvados sin importar sus acciones o creencias, lo que se conoce como «universalismo». Sin embargo, la Escritura deja claro que la salvación está disponible para todos, pero solo aquellos que creen y obedecen a Cristo serán salvos. Como Jesús dijo: «Por eso os dije que moriréis en vuestros pecados; porque si no creéis que yo soy, en vuestros pecados moriréis» (Juan 8:24). El mismo versículo que dice «todo aquel» dice también «el que cree». La oferta es para todos, pero la salvación es para los que responden.

Una fe que obedece

Creer en Jesús no es solo un acuerdo mental, sino una fe activa que se refleja en obediencia a sus mandamientos. Jesús dijo: «Si me amáis, guardad mis mandamientos» (Juan 14:15). Los demonios también creen, y tiemblan (Santiago 2:19); la fe que salva es la que confía y actúa. Por eso la carta a los Hebreos dice que Cristo vino a ser autor de eterna salvación para todos los que le obedecen (Hebreos 5:9). La fe genuina no es pasiva; involucra una respuesta que transforma nuestra vida y nos lleva a seguir a Cristo con sinceridad y entrega.

El bautismo como parte de la fe

En Marcos 16:16, Jesús dijo: «El que creyere y fuere bautizado, será salvo». Este pasaje refuerza la importancia de obedecer el evangelio en su totalidad, que incluye el bautismo. Además, en Juan 3, Jesús le explica a Nicodemo: «el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios» (Juan 3:5), lo que refuerza que la fe salvadora está acompañada de una acción obediente. Ese mismo patrón lo vemos en el libro de los Hechos. Cuando Pablo fue enviado a Damasco, Ananías le dijo: «Levántate y bautízate, y lava tus pecados, invocando su nombre» (Hechos 22:16). Quienes creyeron la palabra, la obedecieron.

Cómo se responde a la invitación

Si Dios nos invita, ¿cómo respondemos? El libro de los Hechos nos muestra que quienes oyeron el evangelio respondieron con fe, arrepentimiento, confesión y bautismo. A los que preguntaron qué debían hacer, Pedro les dijo: «Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo» (Hechos 2:38). Pablo escribió que «si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo» (Romanos 10:9). La fe viene por el oír, y el oír por la palabra de Dios (Romanos 10:17). La invitación se escucha, se cree y se obedece. Cada paso es una respuesta de amor a Aquel que nos amó primero.

III. El peligro de rechazar la invitación

Finalmente, debemos considerar el peligro de ignorar o rechazar la invitación divina. Hebreos 2:3 nos advierte: «¿cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande?». Observa que la pregunta no habla de quienes la odian, sino de quienes la descuidan. No hace falta rebelarse contra Dios para perderse: basta con posponer la respuesta. No podemos asumir que esta invitación siempre estará abierta. Mientras la gracia de Dios es abundante y su paciencia es grande, llega un punto en el que la oportunidad de aceptar esta invitación se cierra. En la parábola de las diez vírgenes, la puerta se cerró y los que llegaron tarde ya no pudieron entrar (Mateo 25:10-12). Y nadie sabe el día ni la hora de su propia muerte (Hebreos 9:27).

Otro ejemplo bíblico de lo peligroso que es posponer la respuesta es Félix, gobernador romano. Pablo le habló de la justicia, del dominio propio y del juicio venidero, y Félix, atemorizado, respondió: «Ahora vete; pero cuando tenga oportunidad te llamaré» (Hechos 24:25). La Biblia no registra que esa oportunidad haya llegado. Jesús también advirtió que ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella; pero estrecha es la puerta y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan (Mateo 7:13-14). Postergar es, en la práctica, elegir el camino ancho.

La urgencia del evangelio

Como cristianos, es nuestra responsabilidad seguir extendiendo la invitación de Dios a los perdidos. El apóstol Pablo nos recuerda que «he aquí ahora el día de salvación» (2 Corintios 6:2). No podemos permitirnos esperar o dilatar la decisión más importante de nuestras vidas: aceptar la invitación de Cristo. Quien conoce la invitación tiene una responsabilidad doble: aceptarla él mismo y compartirla con otros. Si un invitado a un banquete pudiera ver a quienes pasan hambre junto al salón, ¿no saldría corriendo a avisarles?

La invitación de Jesús

Antes de terminar, escuchemos al que invita. Jesús dijo: «Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar» (Mateo 11:28). Esa palabra, «todos», es la misma que «todo aquel». No pide primero que arregles tu vida; pide que vengas a él.

Conclusión: la mayor invitación es para todos

El mensaje del evangelio es simple pero profundo: Dios ama al mundo de tal manera que envió a su Hijo, ofreciendo la vida eterna a todos los que creen en él. Sin embargo, esta invitación requiere una respuesta personal de fe y obediencia.

Como seguidores de Cristo, tenemos el privilegio y la responsabilidad de compartir esta invitación con otros. ¿Cómo estamos extendiendo este mensaje a nuestras familias, amigos y comunidades? Recordemos siempre que el evangelio bendito es, verdaderamente, para todos. Para el que nunca ha oído, para el que lo oyó y lo olvidó, para el que se alejó. Para ti.

Aplicación

Una invitación no sirve de nada si no se responde ni se comparte. Estas son algunas maneras de poner en práctica este sermón.

1. Responde personalmente. Si aún no has aceptado la invitación de Cristo, no lo dejes para después: cree en él, arrepiéntete y obedece el evangelio. Si ya lo hiciste, agradece a Dios por haberte invitado y revisa si tu fe se nota en tu obediencia.
2. Haz una lista de «invitados». Escribe los nombres de cinco personas de tu entorno que necesitan escuchar el evangelio. Ora por ellas cada día esta semana.
3. Extiende la invitación a una de ellas. Una conversación sencilla, una invitación a la congregación o un estudio bíblico pueden ser el medio que Dios use. No esperes a tener todas las respuestas.

4. Derriba tus propias barreras. Examina si, en tu corazón, hay alguien a quien consideras «fuera» del alcance de la gracia de Dios, por su origen, su pasado o su manera de vivir. Si Dios dijo «todo aquel», nosotros no tenemos derecho a decir «ese no».

Y recuerda: hoy es el día de salvación.

SERMÓN 5 DE 6

El versículo más grande de la Biblia

El mayor peligro

Sinopsis. *Juan 3:16 nos ofrece una promesa poderosa: «no se pierda». Este versículo aborda dos de los problemas más grandes e inevitables que la humanidad enfrenta: el pecado y la muerte. A través de la obra redentora de Jesucristo, encontramos una solución definitiva a ambos problemas.*

Introducción

> *«Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna.»*
>
> Juan 3:16, Reina-Valera 1960

La muerte y el pecado son dos problemas universales que ninguna solución humana puede resolver. Aunque la humanidad ha logrado grandes avances en muchas áreas, como la tecnología y la medicina, nadie ha sido capaz de superar la inevitabilidad de la muerte ni las consecuencias del pecado. Podemos alargar la vida unos años, pero no podemos evitar el último día. Podemos castigar un delito, pero no podemos borrar el pecado de un corazón.

Juan 3:16 aborda estos dos problemas al ofrecer, a través de Jesús, la promesa de vida eterna: una invitación para escapar del mayor peligro, que es perecer eternamente. Notemos que el versículo presenta dos destinos opuestos: «no se pierda» y «tenga vida eterna». No existe un tercer camino. O nos perdemos, o somos salvos.

En este sermón responderemos cuatro preguntas. Primero: ¿por qué le tememos a la muerte? Segundo: ¿por qué perecemos? Tercero: ¿cómo venció Cristo a la muerte? Y cuarto: ¿qué significa realmente la promesa de «no se pierda»? Es un tema serio, pero el mensaje final es de esperanza.

I. ¿Por qué le tememos a la muerte?

La muerte es algo que todos enfrentamos y, sin embargo, es algo que muchos temen profundamente. A pesar de la fe en Cristo, incluso los cristianos a veces pueden luchar con el temor a la muerte. Este miedo no siempre se refiere a la muerte misma, sino al proceso de morir, la incertidumbre de lo que sucede después, o la separación de nuestros seres queridos. La muerte nos recuerda nuestras limitaciones humanas y nuestra vulnerabilidad, especialmente cuando enfrentamos tragedias o enfermedades.

Salomón, el gran rey y filósofo a quien se atribuye el libro de Eclesiastés, describió en el capítulo final de ese libro lo difícil que es envejecer y enfrentar el amargo final. Habla del tiempo en que «se oscurezcan el sol, y la luz, y la luna, y las estrellas» y los guardas de la casa tiemblen (Eclesiastés 12:2-3), y concluye que «el polvo vuelve a la tierra, como era, y el espíritu vuelve a Dios que lo dio» (Eclesiastés 12:7). Es un retrato honesto: la vida tiene fecha de vencimiento, y el cuerpo lo sabe.

El temor al proceso, no solo al final

Es común que el miedo a la muerte esté más relacionado con la manera en que morimos que con la muerte en sí. Nadie quiere sufrir o pasar por momentos dolorosos, y muchas veces es este miedo al sufrimiento lo que agrava nuestro temor a la muerte. Es un temor humano y comprensible; incluso Jesús, en Getsemaní, sintió una profunda angustia ante lo que le esperaba (Mateo 26:37-38).

Una perspectiva distinta

Sin embargo, como cristianos, estamos llamados a tener una perspectiva diferente de la muerte. Si bien es natural sentir temor por lo desconocido, la Biblia nos enseña que la muerte no es el final, sino el comienzo de algo mucho mayor. David pudo decir: «Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo» (Salmos 23:4). Pablo, por su parte, llegó a decir: «Porque para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia» (Filipenses 1:21). Ellos no tenían menos sentimientos que nosotros; tenían una esperanza distinta.

II. ¿Por qué perecemos?

La Biblia es clara en que la muerte es la consecuencia directa del pecado. Desde el principio, Dios advirtió a Adán que el día que comiera del árbol prohibido, ciertamente moriría (Génesis 2:17). El pecado de Adán y Eva introdujo la muerte en el mundo: «Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron» (Romanos 5:12). Y ese «todos» nos incluye: «por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios» (Romanos 3:23).

El pecado como raíz de la muerte

El pecado no solo trae muerte física, sino que también trae una muerte espiritual: la separación eterna de Dios. «Porque la paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro» (Romanos 6:23). No morimos físicamente solo por nuestra naturaleza caída; también somos espiritualmente separados de Dios debido al pecado: «vuestros pecados han hecho ocultar de vosotros su rostro» (Isaías 59:2). Todos somos responsables de nuestro propio pecado, y, como resultado, todos enfrentamos la muerte. Está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio (Hebreos 9:27).

El mundo caído

Además, vivimos en un mundo caído y corrupto, afectado por el pecado de la humanidad. Aun los niños, quienes no han cometido pecado, sufren las consecuencias de vivir en un mundo quebrantado. La muerte no siempre está ligada directamente a la culpa personal. Jesús lo explicó cuando le hablaron de los galileos cuya sangre Pilato había mezclado con la de sus sacrificios, y de los dieciocho sobre quienes cayó la torre de Siloé: no eran más culpables que los demás, y todos necesitaban arrepentirse (Lucas 13:1-5). Y cuando sus discípulos le preguntaron de quién fue el pecado de un hombre ciego de nacimiento, Jesús respondió que ni él pecó, ni sus padres, sino que fue para que las obras de Dios se manifestaran en él (Juan 9:1-3). La existencia del pecado en el mundo afecta a todos, aun cuando no podamos señalar una culpa personal en cada sufrimiento.

La conclusión es seria: sin Cristo, el pecado nos separa de Dios y la muerte tiene la última palabra. Pero ese no es el final de la historia.

III. Cristo, el que vence a la muerte

Afortunadamente, Jesús no solo habló sobre la muerte, sino que la venció con su resurrección. Al entregar su vida, Jesús abrió el camino para que nosotros también podamos tener vida eterna. Él es la respuesta definitiva al peligro de la muerte.

Jesús venció la muerte por nosotros

Jesús experimentó la muerte para destruir el poder de la misma y liberar a aquellos que viven con temor a ella. La carta a los Hebreos lo explica: participó de carne y sangre, para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre (Hebreos 2:14-15). En 1 Corintios 15:26, Pablo nos recuerda que «el postrer enemigo que será destruido es la muerte». A través de su muerte y resurrección, Jesús no solo conquistó el pecado, sino que también venció el mayor enemigo de la humanidad: la muerte misma. Nota algo importante: la muerte no es el deseo de Dios para nosotros; es nuestro enemigo. Y Cristo «quitó la muerte, y sacó a luz la vida y la inmortalidad por el evangelio» (2 Timoteo 1:10).

Una esperanza con pruebas

La esperanza cristiana no se apoya en una idea, sino en un hecho. Pablo recuerda a los corintios que Cristo murió por nuestros pecados, fue sepultado, resucitó al tercer día, y apareció a Cefas, a los doce, y después a más de quinientos hermanos a la vez, de los cuales muchos vivían aún cuando él escribió (1 Corintios 15:3-6). Y razona: si Cristo no resucitó, vana es nuestra fe; pero «ahora Cristo ha resucitado de los muertos; primicias de los que durmieron es hecho» (1 Corintios 15:20). La palabra «primicias» promete que habrá más cosecha. La tumba vacía de Jesús es la garantía de que las nuestras no serán permanentes.

Jesús ya había dado una muestra de su poder sobre la muerte ante la tumba de Lázaro, que llevaba cuatro días muerto. Allí, el que es la resurrección y la vida lloró con los que lloraban, y luego clamó a gran voz: «¡Lázaro, ven fuera!», y el que había muerto salió (Juan 11:38-44). El mismo que tuvo poder para llamar a Lázaro por su nombre, nos llamará a nosotros en el día postrero.

La resurrección y la esperanza cristiana

La promesa de Jesús no es que nunca moriremos físicamente, sino que la muerte física no tiene poder final sobre nosotros. En Juan 11:25-26, Jesús promete: «Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente». Esta es nuestra esperanza: aunque muramos en esta vida, no pereceremos eternamente. Jesús nos ha asegurado una victoria espiritual que trasciende la muerte física. Por eso Pablo escribió a los tesalonicenses que no se entristecieran como los otros que no tienen esperanza, porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también traerá Dios con Jesús a los que durmieron en él (1 Tesalonicenses 4:13-14).

IV. La promesa de Juan 3:16: «no se pierda»

¿Qué significa entonces la promesa de «no se pierda»? ¿Nos promete Dios que no enfrentaremos la muerte física? Claramente no. Sabemos que tanto los creyentes como los no creyentes enfrentarán la muerte física. Sin embargo, lo que se promete en Juan 3:16 es que aquellos que creen en Jesús no perecerán espiritualmente. La muerte física es temporal, pero la vida eterna es el destino final para aquellos que están en Cristo.

La muerte no es el final, sino el comienzo

Como creyentes, debemos ver la muerte de una manera diferente: como una transición hacia la eternidad con Dios. Pablo expresó que más quisiéramos «estar ausentes del cuerpo, y presentes al Señor» (2 Corintios 5:8). Mientras que la muerte física es inevitable, la promesa de Jesús es que no experimentaremos la «segunda muerte» mencionada en Apocalipsis 20:6, que es la separación eterna de Dios: «Bienaventurado y santo el que tiene parte en la primera resurrección; la segunda muerte no tiene potestad sobre éstos». La primera muerte es una puerta; la segunda sería un destino.

Jesús mismo enseñó cuál es el verdadero objeto del temor: «Y no temáis a los que matan el cuerpo, mas el alma no pueden matar; temed más bien a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno» (Mateo 10:28). El mensaje no es que debamos vivir con miedo, sino que debemos tomar en serio el destino de nuestra alma y poner nuestra confianza en el único que puede salvarla. Para el que está en Cristo, hasta la muerte tiene otro significado: «Estimada es a los ojos de Jehová la muerte de sus santos» (Salmos 116:15).

Un peligro que se puede evitar

El mayor peligro no es morir; es morir sin Cristo. Pero ese peligro tiene salida, y la salida tiene nombre. Dios no envió a su Hijo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él (Juan 3:17). Quien cree en él no es condenado; quien no cree ya ha sido condenado, por cuanto no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios (Juan 3:18).

Conclusión: el mayor peligro, resuelto en Cristo

La muerte es el mayor peligro que todos enfrentamos. Es el resultado directo del pecado y afecta a toda la humanidad. Pero a través de Cristo, ese peligro ha sido derrotado. Como dice Pablo en 1 Corintios 15:54-55: «Sorbida es la muerte en victoria. ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria?».

No debemos temer a la muerte, porque Jesús ya ha vencido ese enemigo. En lugar de temer, podemos vivir con la confianza de que la muerte es solo una puerta hacia la vida eterna con Dios. Juan 3:16 nos ofrece esa promesa de esperanza: «no se pierda, mas tenga vida eterna». Cristo ha resuelto nuestros dos mayores problemas: el pecado y la muerte. Solo en él podemos encontrar la verdadera victoria.

Aplicación

La esperanza de la resurrección no es solo para el último día: transforma cómo vivimos hoy. Estas son algunas maneras de ponerla en práctica.

1. Examina tu relación con Cristo hoy. Nadie conoce la fecha de su último día; por eso, si aún no has obedecido el evangelio, no lo pospongas. Si ya lo hiciste, pregúntate si estás viviendo en fidelidad.
2. Habla del temor a la muerte con honestidad. Si este tema te angustia, no lo calles. Conversa con un hermano maduro o con un líder de tu congregación, y medita en pasajes como Salmos 23, Juan 11:25-26 y 1 Corintios 15.

3. Consuela a quien está de duelo. Piensa en alguien que haya perdido a un ser querido y visítalo, llámalo o escríbele esta semana. Comparte con él las palabras de esperanza de 1 Tesalonicenses 4:13-18, sin prisa y sin discursos.
4. Vive con eternidad en mente. Decide hoy una prioridad que cambiarás porque la vida es breve: una reconciliación pendiente, tiempo con la familia o una hora más de servicio.
5. Comparte la solución. Hay personas a tu alrededor que enfrentan la muerte sin esperanza. Pide a Dios una oportunidad para hablarles del Salvador que venció a la muerte.

La victoria ya fue ganada. Vivamos como quienes lo creen.

SERMÓN 6 DE 6

El versículo más grande de la Biblia

La mayor recompensa

Sinopsis. *En esta vida recibimos recompensas por nuestras acciones, pero ninguna se compara con la recompensa gloriosa del cielo, la cual se otorga a todos aquellos que creen y obedecen a Jesucristo.*

Introducción

> *«Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna.»*
>
> Juan 3:16, Reina-Valera 1960

El mensaje de Juan 3:16 encapsula el corazón del evangelio. Este versículo nos revela la magnitud del amor de Dios y su intención de redimir a la humanidad. La promesa de la vida eterna es la mayor recompensa que uno puede recibir. Es la culminación del amor divino, un regalo inmerecido que se manifiesta ahora y se consumará en el cielo.

Todos entendemos lo que es una recompensa. El estudiante recibe una calificación, el trabajador recibe un salario, el atleta recibe una medalla. Pero las recompensas de este mundo tienen algo en común: se gastan, se pierden o se terminan. Jesús advirtió contra acumular tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan; y nos animó a hacernos tesoros en el cielo (Mateo 6:19-20).

A lo largo de la Escritura, Dios asegura una gran recompensa para aquellos que le son fieles:

1. A Abraham, Dios le dijo: «No temas, Abram; yo soy tu escudo, y tu galardón será sobremanera grande» (Génesis 15:1).
2. El salmista destacó que en guardar los mandamientos del Señor hay «grande galardón» (Salmos 19:11).
3. Jesús prometió: «Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en los cielos» (Mateo 5:12).

Estas promesas son un recordatorio constante del incentivo y la motivación que tenemos para ser cristianos fieles hoy. Si bien podemos recibir recompensas terrenales por nuestras acciones, ninguna se compara con la vida eterna. En este sermón veremos qué es la vida eterna, por qué el cielo es la mayor recompensa de todas y cómo podemos responder al llamado de recibirla.

I. ¿Qué es la vida eterna?

La vida eterna es mucho más que simplemente vivir para siempre. Es una calidad de vida nueva y transformada, marcada por una relación íntima y eterna con Dios. Jesús mismo la definió así: «Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado» (Juan 17:3). Jesús afirmó que la vida eterna empieza en el momento en que una persona cree en él (y continúa creyendo). Desde entonces, uno experimenta el perdón de los pecados, la comunión con Cristo y el gozo del Espíritu Santo.

1. La vida eterna comienza ahora

La vida eterna se experimenta ahora cuando uno es perdonado del pecado y tiene comunión con Jesús. Juan 3:36 dice: «El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él». Fíjate en el tiempo del verbo: «tiene». Cuando uno oye, cree y obedece las palabras de Jesús, tiene ahora vida eterna.

Jesús usó el tiempo presente cuando habló de aquel que cree en él, para que no se pierda, sino que tenga vida eterna (Juan 3:15-16). La vida eterna se manifiesta aquí y ahora cuando somos restaurados a una relación correcta con Dios a través de Cristo. Esta relación nos da paz, propósito y esperanza. Pablo le recordó a Timoteo que echara mano de la vida eterna, a la cual fue llamado (1 Timoteo 6:12). No es algo que esperamos únicamente al final; es algo que empezamos a vivir hoy.

2. La vida eterna se consumará en el cielo

Aunque podemos experimentar la vida eterna en esta vida, su plenitud se alcanzará después del juicio final. Será un estado permanente de comunión perfecta con Dios, libre de dolor, pecado y muerte. Jesús describió los dos destinos con claridad: «E irán estos al castigo eterno, y los justos a la vida eterna» (Mateo 25:46). La misma palabra, «eterno», describe los dos destinos. Así de real es lo que está en juego.

3. La vida eterna es un don, no un salario

Hay una diferencia entre una recompensa que se gana y un regalo que se recibe. Los salarios se ganan; los regalos se aceptan. Por eso Pablo escribió que la paga del pecado es muerte, pero la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús (Romanos 6:23). Y en otro lugar aclaró que somos salvos por gracia, mediante la fe, y que esto no es de nosotros, pues es don de Dios, no por obras, para que nadie se gloríe (Efesios 2:8-9). Entonces, ¿en qué sentido es «recompensa»? En el sentido de que Dios, en su bondad, promete bendecir a quienes responden con fe y obediencia. No ganamos el cielo, pero tampoco llegamos a él sin responder. Como el náufrago que recibe un salvavidas: no lo compró, pero tiene que aferrarse a él.

4. La vida eterna es vida en abundancia

Jesús dijo: «yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia» (Juan 10:10). La vida que Cristo ofrece no es una existencia aburrida y sin fin, sino una vida plena, con sentido, con amor y con propósito. La vida eterna no solo dura más; es mejor. Y esa mejora comienza a notarse desde ahora, aun en medio de las pruebas.

II. El cielo: la mayor recompensa de todas

El cielo es la recompensa más grande por cuatro razones.

Antes de mirar cada una de esas razones, escucha cómo comparaba Pablo el presente con el futuro, él, que fue azotado, apedreado, encarcelado y naufragó: «Pues tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse» (Romanos 8:18). Y en otra carta añadió que esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria (2 Corintios 4:17). Cuando se pone en una balanza todo lo que sufrimos en esta vida y se compara con lo que nos espera, el peso del cielo es incomparablemente mayor.

1. Por el lugar

El cielo no es simplemente una continuación de nuestra vida actual. Es un lugar totalmente nuevo y glorioso, preparado por Dios para sus hijos. Jesús dijo: «voy, pues, a preparar lugar para vosotros» (Juan 14:2). Pedro lo describe como una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos para nosotros (1 Pedro 1:4). Será una realidad completamente diferente, libre del sufrimiento que conocemos.

2. Por lo que hay en el cielo

La Biblia nos describe el cielo como un lugar de descanso, paz y alegría sin fin. Es un lugar sin lágrimas, muerte o tristeza: «Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron» (Apocalipsis 21:4). Es un galardón que supera cualquier expectativa terrenal: «he aquí vuestro galardón es grande en los cielos» (Lucas 6:23).

3. Por quien está allí

La mayor recompensa del cielo es la presencia de Dios mismo. Estaremos cara a cara con el Señor, experimentando su gloria y amor eternamente. Pablo lo expresó así: «Ahora vemos por espejo, oscuramente; mas entonces veremos cara a cara» (1 Corintios 13:12). Además, estaremos junto a todos los redimidos, compartiendo un compañerismo sin barreras. ¡Qué bendición será estar rodeados de santos, ángeles y del mismo Cristo! Allí volveremos a ver a los hermanos que partieron antes, y no habrá más despedidas.

4. Por lo que haremos allí

El cielo será un lugar de adoración y servicio incesante a Dios. Juan escribió: «y sus siervos le servirán, y verán su rostro» (Apocalipsis 22:3-4). Pasaremos la eternidad alabando al Creador y disfrutando de su gloria. La alabanza no será una carga, sino una expresión gozosa de amor y gratitud. Será como el momento en que alguien a quien amas llega después de un largo viaje: no te cansas de mirarlo.

III. El llamado a recibir la mayor recompensa

La vida eterna no es solo una promesa futura, sino una realidad que debemos buscar activamente. Juan 3:16 nos recuerda que la fe en Jesucristo es la llave para entrar en esta vida gloriosa. Sin embargo, esta fe debe ser viva y obediente, manifestada en un estilo de vida que refleja la voluntad de Dios. Veamos tres pasos para recibirla.

1. Creer en Jesucristo

La fe salvadora implica confiar plenamente en Jesús como Salvador y Señor, reconociendo su sacrificio en la cruz por nuestros pecados. «Estas cosas os he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna» (1 Juan 5:13). No es una duda constante, sino una confianza que descansa en lo que Cristo hizo.

2. Obedecer sus mandamientos

La fe auténtica se muestra en la obediencia. Jesús dijo: «El que tiene mis mandamientos, y los guarda, ése es el que me ama» (Juan 14:21). Vivir conforme a la voluntad de Dios es una expresión de nuestra esperanza en la recompensa celestial. No obedecemos para comprar la salvación, que es un regalo, sino porque amamos al que nos la dio.

3. Perseverar hasta el fin

La vida cristiana es una carrera, no un esprint. El apóstol Pablo exhorta: «No nos cansemos, pues, de hacer bien; porque a su tiempo segaremos, si no desmayamos» (Gálatas 6:9). Y Jesús prometió a la iglesia de Esmirna: «Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida» (Apocalipsis 2:10). La perseverancia en la fe es esencial para alcanzar la vida eterna. Nuestro trabajo en el Señor no es en vano (1 Corintios 15:58).

Moisés y Pablo: mirar al galardón

La Biblia nos da ejemplos de hombres que decidieron vivir con la mirada puesta en la recompensa. De Moisés se dice que, hecho ya grande, rehusó llamarse hijo de la hija de Faraón, escogiendo antes ser maltratado con el pueblo de Dios, que gozar de los deleites temporales del pecado, porque tenía puesta la mirada en el galardón (Hebreos 11:24-26). Imagina lo que dejó: palacios, riquezas y posición. Y no lo hizo a ciegas; lo hizo porque creía que el galardón de Dios valía más. Pablo, al final de su vida, pudo escribir: «He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman su venida» (2 Timoteo 4:7-8). Fíjate en las últimas palabras: «a todos los que aman su venida». La corona no es solo para los apóstoles. Es para ti, si perseveras.

Una advertencia necesaria

La Biblia también nos advierte contra un falso consuelo. Jesús dijo: «No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos» (Mateo 7:21). No basta con decir que creemos; la fe verdadera se muestra en una vida que busca agradar a Dios. Y a la vez, hay un consuelo para el que tropieza y se arrepiente: «Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad» (1 Juan 1:9). Perseverar no significa nunca caer, sino levantarse cada vez y seguir caminando hacia el cielo.

Conclusión

Entonces, ¿cuál es la mayor recompensa? Es la vida eterna. ¿Dónde se experimentará esta vida eterna en su plenitud? En el cielo. Jesús dijo: «grande es vuestro galardón en los cielos» (Lucas 6:23).

La mayor recompensa dada por Dios es la vida eterna. Es la promesa de una nueva existencia, sin los límites del tiempo, el dolor y la muerte. ¿Estás viviendo con la esperanza de esa recompensa? ¿Estás buscando la vida eterna tanto ahora como en la eternidad? Cree en Jesús y sigue sus mandamientos para recibir esta recompensa incomparable.

El cielo es un lugar preparado para personas preparadas. No lo pierdas, porque si lo haces, te habrás perdido todo lo que importa verdaderamente.

Aplicación

La esperanza del cielo no es una evasión de la vida diaria, sino una razón para vivirla bien. Considera estas aplicaciones.

1. Examina tu confianza. Pregúntate con honestidad: «Si hoy muriera, ¿sé en qué se apoya mi esperanza?». Lee 1 Juan 5:11-13 y anota qué te dice sobre la seguridad que Dios quiere que tengas.
2. Reordena tus tesoros. Haz una lista de las tres cosas a las que dedicas más tiempo y dinero. Decide un cambio concreto, como dar más, servir más o dedicar un tiempo fijo cada día a la oración y al estudio, que apunte a lo eterno.
3. Obedece en lo que sabes. Identifica un mandamiento de Cristo que has estado postergando (perdonar, congregarte, dar, hablar de él) y ponlo en práctica esta semana.
4. Persevera con otros. No recorras el camino solo. Busca a un hermano en la fe con quien te animes mutuamente a no desmayar, y ora por él cada día.
5. Invita a otros al cielo. Si el cielo es la mayor recompensa, es la mejor noticia que puedes compartir. Escoge una persona y dile con sencillez por qué tú esperas la vida eterna.

Cree en Jesús, obedécelo y persevera: el cielo es un lugar preparado para personas preparadas.